

Casiodoro de Reina, el traductor

Dr. Justo L. González



© Justo L. Gonzalez

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

info@aeth.org

Casiodoro de Reina, el traductor

Saludos y bendiciones. Me place mucho estar aquí con ustedes hoy, repasando y celebrando la epopeya que fue la traducción de la Biblia al español por Casiodoro de Reina. Pero en realidad no soy yo quien debería estar aquí, sino mi hermano Jorge, quien dedicó buena parte de su carrera a estudiar precisamente la saga de Casiodoro. En estos días, al tiempo que se cumplen los 450 años de aquella traducción de Casiodoro de Reina, se cumplen también 50 años de la publicación por Jorge, bajo los auspicios de las Sociedades Bíblicas, del resultado de aquellos estudios, bajo el título de *Casiodoro de Reina: Traductor de la Biblia en español*. Tristemente, Jorge no puede estar aquí, pues falleció hace 20 años. Pero su obra sí está disponible, pues se incluye en el libro *La Biblia en español: Cómo nos llegó*, por la Dra. Jane Atkins Vásquez, que es parte de la serie *Conozca su Biblia*.

Como sucede con todas las grandes obras y los más notables acontecimientos históricos, desde largo tiempo antes Dios estaba preparando el camino para la gran obra de Casiodoro. El convento de San Isidoro del Campo en Santiponce, en las afueras de Sevilla, había pertenecido a la orden de San Jerónimo desde el año 1431. Esto es digno de nota, pues la obra más influyente de Jerónimo, a fines del siglo cuarto y principios del quinto, fue su traducción de la Biblia al latín común de su época, a lo que se llamaba la lengua del vulgo – razón por la cual aquella traducción hasta el día de hoy se conoce como la *Vulgata*. Además, según se contaba, en aquel mismo convento en Santiponce estuvo sepultado el famoso erudito Isidoro de Sevilla quien, dos

siglos después de Jerónimo, escribió la obra enciclopédica que hoy conocemos como las *Etimologías*, y que fue uno de los principales medios por los cuales la antigüedad legó su sabiduría al medioevo.

Además, cabe notar que por largo tiempo la población hebrea había dejado su impacto en España. Aunque la reina Isabel expulsó los judíos del país en 1492, un buen número de ellos decidió aceptar el bautismo a fin de permanecer en su patria con su familia y posesiones. Luego, la lengua hebrea no era desconocida entre los eruditos españoles. En el 1517 – el mismo año de las famosas *95 Tesis*, bajo la dirección e inspiración del cardenal Francisco Jiménez de Cisneros se publicó en Alcalá de Henares la famosa Políglota Complutense. El Antiguo Testamento se publicó en tres columnas paralelas, una con el texto hebreo, otra con el texto de la Vulgata, y la tercera con el texto griego de la Septuaginta. Además, la presencia judía en España había llevado varias traducciones de porciones del texto bíblico al español. La más completa e influyente de ellas se publicó en Ferrara en el 1553 por un rabino español exiliado en esa ciudad. Este texto, conocido como la *Biblia de Ferrara*, fue utilizado por Casiodoro de Reina, y dejó su sello en la traducción que empleamos hasta el día de hoy, particularmente en los Salmos.

Volviendo entonces a San Isidoro del Campo, debemos empezar por decir que, de algún modo que nos es desconocido, llegaron hasta allí ecos de la Reforma protestante que había estallado en Alemania y Suiza, y ahora se esparcía por toda Europa. En la cercana ciudad de Sevilla bullían

las ideas reformistas. El antiguo rector del Colegio de Doctrina en Sevilla, Juan Pérez de Pineda, había huido a refugiarse en Ginebra, desde donde publicó varias obras que la Inquisición condenó por “luteranas”. Julián Hernández, a quien llamaban “Julianillo” por su baja estatura, y quien le servía de corrector de pruebas a Pérez de Pineda, llevó de contrabando a Sevilla dos barriles supuestamente de vino, pero que en realidad llevaban libros protestantes. Estos libros fueron bien acogidos no solamente en el Convento de San Isidoro, sino también en la catedral misma de Sevilla, por entonces la segunda iglesia más grande del mundo, por el famoso canónigo magistral de la catedral Constantino Ponce de la Fuente, cuyas prédicas llenaban la catedral desde varias horas antes de que Constantino subiera al púlpito.

Todo aquello cambió súbitamente. La inquisición capturó a Julianillo y le hizo quemar por hereje. La Inquisición comenzaba a investigar el núcleo de personas de ideas protestantes que se había formado en Sevilla, y el Convento de San Isidoro del Campo atrajo su atención. En el 1557 varios de los frailes de Santiponce decidieron huir separadamente y reunirse un año más tarde en Ginebra. Algunos llegaron a Ginebra ese mismo año, y otros en el 1558. Entre ellos se contaban Casiodoro de Reina y sus hermanos conventuales Cipriano de Valera y Antonio del Corro, quienes también tendrían un lugar importante en la historia de la Biblia española.

Fue aproximadamente en esa época que Casiodoro emprendió la tarea de traducir la Biblia al castellano, pues cuando esta se publicó en el 1569 Casiodoro dijo haber trabajado en ella por espacio de 12 años. Aquellos 12 años no fueron fáciles. Casiodoro no concordaba con las

intransigencias de los protestantes ginebrinos. Cuando estos quemaron a Miguel Serveto por hereje, Casiodoro declaró que Ginebra se había vuelto una nueva Roma y, junto a otros tres monjes de San Isidoro, partió hacia Inglaterra, donde el acceso al trono de la reina Isabel había vuelto a abrir las puertas al protestantismo. Entre quienes acompañaban a Casiodoro iba también Cipriano de Valera.

En Londres, Casiodoro sirvió como pastor de la congregación española que allí se había reunido, compuesta mayormente de refugiados que habían huido de la Inquisición española. Al mismo tiempo, continuaba trabajando en su traducción de la Biblia, que había traído consigo de Ginebra. Contaba con el apoyo del obispo de Londres, Edmond Grindal, quien intercedía en su favor ante la reina Isabel. Comenzó entonces a dar pasos para la impresión de la Biblia en que trabajaba. Su propósito era traducir el Antiguo Testamento, y emplear para el Nuevo la versión en que trabajaba en Francia el ya mencionado Juan Pérez de Pineda.

Posiblemente ese sea el mejor momento para explicar que la versión de Juan Pérez de Pineda no era en realidad una nueva traducción de las lenguas originales, sino que era más bien una adaptación de la traducción que antes había hecho y publicado en 1543 Francisco de Enzinas. Pérez de Pineda publicó ese Nuevo Testamento en 1556 en Ginebra, aunque para evitar dificultades con la inquisición el libro mismo decía haber sido publicado en Venecia. Y por la misma razón el nombre del impresor que allí aparece es falso. En todo caso, la preparación del Nuevo Testamento en castellano marchaba rápidamente, y le correspondería a Casiodoro de

Reina la tarea de preparar el Antiguo Testamento.

Pero había también fuerzas ocultas que se oponían a esa empresa. El embajador de España en Inglaterra, Álvaro de Cuadra, le escribió al rey de España Felipe II diciéndole que Casiodoro y otros trabajaban en la traducción de la Biblia al castellano. Felipe le dio instrucciones al embajador de que hiciera todo cuanto pudiera por hacer deportar a Casiodoro, y de ser posible ponerle también manos de la Inquisición. Cuadra murió antes de poder llevar a cabo las instrucciones de Felipe, pero su sucesor y otros enemigos de Casiodoro le acusaron de ser hereje por haber defendido a Miguel Serveto, y también de sodomita. Esto último era considerado un grave delito, y Casiodoro no tuvo otra alternativa que huir del país y refugiarse en Amberes. Detrás quedó su esposa, así como la traducción en que había trabajado por largos años. Algún tiempo después, disfrazada como marinero, su esposa pudo unirse en Amberes. Y el manuscrito de la Biblia, que los enemigos de Casiodoro intentaron secuestrar y destruir, fue salvado por el obispo Grindal, quien se lo hizo llegar a Casiodoro. De Amberes, Casiodoro de Reina y su esposa se trasladaron a Francia, donde residieron algún tiempo. Pero en 1564 el rey de Francia, Carlos IX, ordenó la expulsión de todos los ministros protestantes del país. Junto a su familia y a Antonio del Corro—otro de los refugiados de San Isidoro que le apoyaba en la tarea de la traducción bíblica—, Casiodoro pasó un tiempo en los territorios de la duquesa de Ferrara, donde pudo reunirse con Juan Pérez de Pineda para proyectar la Biblia en castellano, el Antiguo Testamento traducido por Casiodoro, y el Nuevo por Juan Pérez de Pineda. De allí pasó a Francfort, donde se ganaba la vida comerciando en telas al tiempo que continuaba dándole

los últimos toques a su traducción del Antiguo Testamento. En el entretanto, en 1566, Juan Pérez de Pineda murió en París, dejándole a su amigo Antonio del Corro la tarea de hacer imprimir su Nuevo Testamento, y de hacer llegar a Casiodoro de Reina un legado en efectivo con el cual hacer imprimir el Antiguo Testamento.

Casiodoro se trasladó a Basilea, donde hizo arreglos con un famoso impresor para la publicación del Antiguo Testamento en lengua castellana. Le adelantó a este impresor el dinero que había recibido de Juan Pérez de Pineda, y se dedicó entonces a buscar la aprobación oficial de las autoridades en Basilea que era necesaria para publicar cualquier libro. Esas autoridades vacilaban, porque no tenían quien supiera español y pudiera juzgar lo que Casiodoro había escrito para aprobarlo. Casiodoro salió para Estrasburgo, donde esperaba que algunos amigos le prestaran apoyo escribiéndoles a las autoridades en Basilea. Pero enfermó en el camino, y pasó varias semanas en cama. Cuando por fin recuperó la salud recibió la terrible noticia de que el impresor en Basilea había quebrado, y que por tanto se habían perdido todos los fondos que Juan Pérez de Pineda había dejado. De regreso a Frankfurt, consiguió que algunos amigos interesados en la producción de la Biblia en español le facilitaran el dinero necesario. Con ese dinero se comenzó por fin la impresión del Antiguo Testamento en Basilea, con el plan de unir a él el Nuevo Testamento que Juan Pérez de Pineda había dejado.

Pero entonces llegaron otras noticias. Felipe II le había escrito al embajador de España en Francia ordenándole que hiciera todo lo posible por detener la empresa de volver a publicar en

París el Nuevo Testamento en español que había sido publicado antes en Ginebra por Pérez de Pineda y que Casiodoro de Reina esperaba emplear para completar su propia producción del Antiguo Testamento. Las gestiones del embajador tuvieron buen éxito, y toda la edición fue confiscada y destruida. Casiodoro no tenía acceso a los pocos ejemplares que quedaban del Nuevo Testamento de Pérez de Pineda, y no tuvo otro remedio que empezar aceleradamente la traducción de todo el Nuevo Testamento.

Según el impresor iba trabajando en los materiales que ya estaban listos, Casiodoro traducía lo que faltaba. La traducción había llegado solamente hasta el final de la Primera Epístola a los Corintios cuando el impresor le alcanzó. Era temprano en el mes de mayo de 1569, y poco más de un mes más tarde, el 14 de junio, Reina le entregó al impresor el último capítulo del Apocalipsis. El proceso de impresión demoró tres meses, y en septiembre de ese mismo año de 1569 salió a la luz la traducción de Casiodoro de Reina.

Esta Biblia se conoce como la “Biblia del Oso” porque en su portada aparece un oso tomando miel de un panal. Quizá sea una alusión al Salmo 19.10, donde el salmista, refiriéndose a los juicios de Dios, declara que son “más dulces que la miel, la que destila del panal”. O quizá la razón sea sencillamente que ese dibujo era lo que el impresor tenía a la mano. En todo caso, esa Biblia se difundió rápidamente. Todavía se conservan ejemplares dedicados por Casiodoro en las bibliotecas de Basilea y Frankfurt, con largas dedicatorias de su puño y letra. Esa primera edición, que constaba de 2,900 ejemplares, se distribuyó rápidamente, y pronto fue necesario

reimprimirla varias veces. De aquella primera edición solo existen unas pocas copias.

En el año 1602 Cipriano de Valera publicó una nueva edición de la Biblia de Casiodoro con algunas revisiones. La portada del libro no menciona a Casiodoro como traductor, sino solamente a Cipriano de Valera. Aunque después se ha acusado a Valera de restarle crédito Reina, lo cierto es que en el prefacio a esta Biblia Cipriano de Valera dice claramente que era originalmente obra de Casiodoro de Reina, a quien da todo el crédito. Lo que aconteció más tarde fue que se siguió publicando la misma Biblia sin el prefacio de Cipriano de Valera, y así hubo quien llegó a pensar que la Biblia era traducción de Cipriano, y no de Casiodoro de Reina. Cuando más tarde se corrigió ese error se le empezó a dar a esta Biblia traducida por Casiodoro de Reina y luego revisada por Cipriano de Valera, el nombre de Reina-Valera por el que se conoce hasta el día de hoy.

Como todos sabemos, la Reina-Valera ha sido revisada varias veces, en parte para ajustarla a manuscritos descubiertos más recientemente, pero también y sobre todo tomando en cuenta los cambios que han tenido en la lengua española a través de los siglos.

Ahora que celebramos los 450 años de la publicación de esa Biblia, es importante que recordemos, primeramente, los muchos dolores, angustias y sufrimientos que costó. Todos los españoles que de alguna manera contribuyeron a ella tuvieron que abandonar sus tierras y morir en el exilio. El propio Casiodoro se vio obligado no solamente a dejar su tierra natal, sino

también a andar vagabundo por Suiza, Alemania e Inglaterra, siempre cargando con sus libros y sus manuscritos.

Pero también podemos recordar otras dimensiones importantes e interesantes que se reflejan en esta Biblia que hoy tenemos en la mano. Empecemos repitiendo lo que dijimos antes acerca de San Jerónimo y su propia traducción de la Vulgata como ejemplo que más tarde seguirían Casiodoro y otros. El gran valor de la Vulgata no estuvo sencillamente en haber sido una traducción al latín más exacta que la que existía anteriormente. Estuvo también y sobre todo en que Jerónimo supo cómo traducir el hebreo y el griego al latín de tal modo que, al tiempo que se conservaba el sentido de las lenguas originales, también se traducían a un latín claro y sencillo, pero elegante. Eso se nota sobre todo en los Salmos, que no son solamente traducciones acertadas del hebreo, sino también verdadera poesía latina comparada con la mejor poesía de los tiempos clásicos de esa lengua.

Algo semejante sucedió con Casiodoro de Reina. Le tocó vivir en la edad de oro de la literatura castellana, en tiempos de Lope de Vega y Calderón de la Barca. Por eso su traducción tiene una sencilla elegancia castellana muy semejante a la antigua sencilla elegancia latina de San Jerónimo. Particularmente en el caso de los Salmos, Casiodoro de Reina tuvo la ventaja de poder hacer uso de la antigua Biblia de Ferrara, que tenía también una cadencia inigualable, y que hasta el día de hoy se refleja en las lecturas en las sinagogas sefardíes. Lo que es más, aun después de las muchas revisiones que de ella se han hecho, todavía la Reina-Valera Revisada

sigue teniendo la bella cadencia y elegancia que antes tuvo. Y esto no lo decimos solamente quienes, como yo, estando todavía en la cuna la escuchamos por primera vez de labios de nuestras madres. Lo dicen también autores tan antiprotestantes como Marcelino Menéndez Pelayo. A fines del siglo XIX, cuando el antagonismo entre católicos protestantes llegó a tal punto que sobrepasó al antagonismo que hubo en tiempos de la Reforma misma, Marcelino Menéndez Pelayo se destacó por su convicción de que todo cuanto fuera español tenía que ser católico, y que todo lo que no fuera verdaderamente católico no podía ser verdaderamente español. Como señal de ello podemos citar el epílogo a su magna obra *Historia de los heterodoxos españoles*, donde resume su visión: “España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio....; esa es nuestra grandeza y nuestra unidad; no tenemos otra” (BAC 151/2: 1194). Pues bien, este campeón del catolicismo más estrecho dice acerca de la traducción de Casiodoro de Reina, comparándola con las versiones católicas que se produjeron más tarde, que “como hecha en el mejor tiempo de la lengua castellana, excede mucho la versión de Casiodoro, bajo tal aspecto, a la moderna de Torres Amat y a la desdichadísima del P. Scio” (BAC 151/2:116).

También en otro punto nos recuerdan las luchas de Casiodoro y las otras luchas que tuvo Jerónimo. Cuando San Jerónimo produjo la nueva versión latina que conocemos como la Vulgata, tuvo que enfrentarse a la crítica y el disgusto nada menos que de San Agustín. Todavía hoy tenemos la correspondencia entre estos dos grandes líderes de la iglesia antigua, en la que San Agustín reprende a Jerónimo por haber aprendido de los judíos lo que querían decir algunas

palabras. Y todavía hoy tenemos también abundantes testimonios en los que personas muy ilustradas y muy devotas en el siglo XVI critican a Casiodoro de Reina por no confiar en la antigua Vulgata, sino irse a buscar el verdadero sentido de los textos bíblicos entre los hebreos. Por otra parte, también hay un agudo contraste entre Casiodoro y Jerónimo en otro aspecto de su carácter. Jerónimo era un personaje quisquilloso, que tenía que poner todos los puntos sobre las íes y asegurarse de que todos concordaran con él. Casiodoro era todo lo contrario. No podía tolerar los abusos de la Inquisición en España, pero tampoco las estrecheces de la Ginebra de Calvino. Lo que le hizo huir de Inglaterra no fueron solamente las actuaciones de los españoles católicos, sino también las de sus propios correligionarios protestantes franceses, quienes le criticaban por no ser suficientemente calvinista. En Estrasburgo no se le permitió servir como pastor porque en opinión de Teodoro de Beza, el sucesor de Calvino en Ginebra, Casiodoro estaba demasiado contaminado de ideas luteranas. En una Europa cada vez más dividida por estrecheces dogmáticas, Casiodoro prefirió anteponer el amor y la tolerancia a la ortodoxia estrecha. Hoy, cuando calvinistas y luteranos, metodistas y pentecostales, bautistas y anglicanos, todos empleamos su Biblia, bien podemos decir que esta Biblia que hoy tenemos en las manos y que todos compartimos es también herencia de Casiodoro llevándonos a aquella mayor unidad y tolerancia que él mismo buscó durante toda su vida.

En una palabra, esta Biblia que con tanta facilidad hoy obtenemos con solo ir [amazon.com](https://www.amazon.com) y cargar unos pocos dólares a nuestra tarjeta de crédito es sin embargo una preciosa herencia en la que todavía podemos palpar las cenizas de Julianillo, compartir los sueños de Pérez de

Pineda, y llorar las lágrimas del exilio de Casiodoro de Reina. Hoy, cuatro y medio siglos después de aquellos hechos, damos gracias por esta Biblia al Dios de Casiodoro, que es también nuestro Dios. ¡Gloria sea a ti, Señor Dios Todopoderoso!

